

“ALONSO QUESADA”, ESCRITOR CANARIO

I

E *L lino de los sueños*, con un prólogo de D. Miguel de Unamuno, se editó en Madrid en el año 1915. No hacía mucho que Unamuno había estado en Canarias, a donde fue por primera vez en 1910, llevado por un motivo altamente convencional: ser el mantenedor de unos juegos florales celebrado en Las Palmas. Alfonso Armas en *Unamuno y Canarias* resume así la impresión que D. Miguel produjo en su actuación en el Teatro Pérez Galdós: «El público estaba impaciente por escuchar «al sabio catedrático». Pero no salió muy satisfecho con el discurso: Demasiado desnudo de adjetivos, demasiado parco en galantería, demasiado henchido de conceptos, algunos un tanto hirientes. Las palabras del orador se perdieron en los «altos artesonados» y en «los anchos zócalos renacentistas». La vanidad insular no se sintió muy halagada con aquella lluvia de guijarros, lanzada por Unamuno. porque guijarros en vez de flores, fue el primer discurso de Unamuno en la ciudad de Las Palmas». No obstante, había en la isla un grupo de inquietos intelectuales, que recibieron con fervor el mensaje unamuniano. Entre ellos, conoció el rector de Salamanca a Rafael Romero, que se firmaba con el seudónimo quijotesco, o mejor, quijanesco, de «Alfonso Quesada». Por eso, al publicar éste su libro de poemas antes citado, Unamuno se lo prologa. Porque Unamuno fue para el grupo de jóvenes escritores canarios, una figura ejemplar que debió



ejercer gran ascendiente sobre ellos. Pero al mismo tiempo, la isla influyó en el escritor vasco, que explica así este hecho: «Allí, en Gran Canaria, en aquella isla, conocí toda la fuerza de la voz a-isla-miento, y no fue Alonso Quesada quien menos me ayudó a que llegase a conocerla». (Prólogo a *El lino de los sueños*).

Unamuno, en el prólogo mencionado, se dedica más bien a recordar la trágica silueta de Macías Casanova, o la amistad que a este poeta y a Rafael Romero uniera, que a hacer comentarios precisos de la obra que prologa. Con todo, señala certeramente las notas características de la poesía de «Quesada»: el aislamiento, la soledad, el entrañable sentido de lo doméstico y el tono infantil: «Alonso Quesada» ha tenido niñez [...]. ¿No hay acaso, mucho de infantil en estos versos? ¿No es acaso, una cierta infantilidad que en ellos se advierte, lo que les da su frescura y su encanto?».

Pero el entronque con el 98, no proviene sólo de algo externo como el prólogo unamuniano o como la cita de Machado que campea al comienzo del libro, con todo y ser ya significativos estos datos.

El tema del mar, de la «mar quieta» de Unamuno, impregna los poemas de «Quesada» —«este mar se ha dormido hace cien años»—. La última parte del libro, que titula *Poemas áridos*, está dedicada a Unamuno. La evocación del paisaje isleño en el poema *Tierras de Gran Canaria*, sabe a paisaje castellano, cantado por el poeta vasco:

*«Campos, eriales, soledad eterna,
honda meditación de toda cosa.
¡El sol dando de lleno en los peñascos,
y el mar... como invitando a lo imposible!».*

En otras ocasiones, el tono sentencioso y triste recuerda a Antonio Machado. Así el fin de *Mañana de Carnaval*: «¡Y después... Como en la vida: / El no importarnos, y el lento / caminar tan conocido / del enmascarado serio». ¿No recuerda acaso este final la visión machadiana de «Los pedantones al paño», hipócritas, «que saben porque no beben el vino de las tabernas»? Dedica a Machado uno de los poemas de la parte del libro que titula «Los ingleses de la colonia», llamado «Domingo». Pero las reminiscencias machadianas no acaban aquí. En muchos poemas las encontramos: «Esta tarde, esta calle no es mi calle», dice en otro lugar. Y en otro:



«Yo, desnudo y solo / sobre una roca, frente al mar, aguardo. / el mañana...». En el poema «Dentro de un siglo, amigo...», encontramos una sensibilidad amarga y burlona, en versos que podían haber brotado de la áspera pluma de «Mairena» o de «Abel Martín». Empezamos así: «Dentro de un siglo, amigo, ya estaremos / bajo la tierra, por fortuna, todos».

En *Los ingleses de la colonia*, uno de los apartados mejor logrados de *El lino de los sueños*, el contraste de la actitud meditabunda, contemplativa y perezosa de «Quesada», y la laboriosidad implacable de sus compañeros británicos, asalta al poeta, que escribe: «Todos trabajan, menos yo que miro». Realmente encontramos aciertos de expresión, como aquella «suficiencia sonora de hombres prácticos», con que el poeta describe a los ingleses; que hacen humor a su costa.

II

Pero «Alonso Quesada» no es solamente un interesante poeta del tardío 98 insular. Su fisonomía literaria se completa con cuentos, artículos y dramas.

En 1919 aparecen las *Crónicas de la ciudad y de la noche*, escritas por D. Felipe Centeno o D. Gil Arribato, como antaño fue el verdadero nombre del cronista. Son sátiras de la vida provinciana. Pequeños artículos donde se esbozan con amargura y humor las costumbres y actitudes de los isleños. En una ciudad en la que el progreso es epidérmico, dada la abulia esencial de sus habitantes, «Alonso Quesada» lo critica todo, lúcida y amorosamente.

Entre los autores de la generación del 98, estas crónicas de «Quesada» nos dejan, sobre todo, un cierto regusto azoriniano. En uno de los artículos, se lee: «Asistir de cabecera a un entierro, es ostentar un título importante. El insular que no ha podido ser abogado, aspira siempre a la cabecera de un entierro... Por eso D. Antonio, que come a las siete, irá al entierro a las siete, aunque tenga que dejar de comer. Mañana dirá en el casino: «No tuve más remedio que asistir. Me invitaron de cabecera».

Estos señores insulares, este casino, esta vida mezquina, minimizada y parada —sobre todo parada— son hermanos de los señores, los casinos y las vidas estáticas de «Azorín». Aunque el tono del escritor canario es



más localista, lo que da a sus obras una fisonomía que le acerca también al costumbrismo decimonónico.

La abulia de sus paisanos angustia a «Quesada», que se pregunta: «¿Porqué estarán molidos siempre estos buenos hombres? ¿Porqué, si no hacen nada, si no caminan, si no corren, si no trabajan están molidos?... ¿Es que ellos han nacido ya molidos del vientre de sus madres? No, no. Es sólo el espíritu lo que está molido. Lo ha molido un molino lento y silencioso que mueve el diablo».

Y así, en medio de esta atonía general, como no pasa nada, como nada varía de verdad, en la isla, los más imperceptibles incidentes toman proporciones trágicas: «Un saludo de más o de menos, adquiere en la sociedad pretenciosa de la ínsula caracteres de canallada». Se lee en «Ese es un sinvergüenza» (*Crónicas...*, página 51). La caricatura de esta tendencia a abultar los sucesos mínimos se hace también en otro artículo: «¿Quién ha saludado, niñas?» (*Crónicas...*, pág. 26), con un tono que recuerda el de la graciosísima «Carta 46» de las *Cartas marruecas*, de Cadalso.

En ocasiones la complicación de las pequeñas cosas vistas desde esta perspectiva ingenua, a través de la lente de aumento del autor, y descritas morosamente por él, llega a crear extraños climas, un tanto fantasmales: «Esta carta es la misma carta de todos. Está detenida lejos, dirigida a todos los isleños que no han escrito carta ninguna, para que no pueda ser recibida. Un isleño no tiene importancia social si no deja de recibir carta. El isleño que, por rara casualidad, la reciba, perderá en el acto todo su prestigio de hombre de cartas. Porque la verdadera importancia es no recibirla para poder decir: «No he recibido carta y darse el tono de que está en lo posible recibirla» («La carta mágica», *Crónicas...* pág. 135).

Para «Alonso Quesada», la consecuencia inevitable de la falta de tareas serias, es la envidia y la mala voluntad de todos contra todos, que para los escritores del 98 peninsular es mal común a España entera. Eu resumen, y como testimonio de lo que llevo dicho, citaré unos cuantos títulos de estas *Crónicas* bien significativos a mi parecer: «No tengo ganas de moverme», «Yo no leo los periódicos», «Me voy a acostar temprano», etc.

El autor, en estos artículos y en todos los demás, se nos muestra ingenuo y aislado, descubriendo sagazmente las características de la vida que se teje a su alrededor, en la que no parece tomar parte y que, sin embargo, va asfixiándole poco a poco.



Aparte de estas *Crónicas* es autor «Alonso Quesada» de unos cuentos que agrupa bajo el título de *Smoking room, cuentos de los ingleses de la colonia en Canarias*. Los cuentos, bien contruidos, empapados de humorismo, son de los más logrado del escritor. La observación tierna y maliciosa de los tipos británicos, produce unos relatos llenos de encanto: *Las dos mujeres de M. Talbot*, *La silueta de Duncan* y *El amor eléctrico*. El más largo de ellos es el primero, el único que tiene una cierta complicación argumental. Los otros dos son muy breves, meros apuntes casi, pero graciosos y poéticos. Las siluetas, sobriamente caricaturizadas de los ingleses, están conseguidas con eficacia: «La primera mujer de Mr. Talbot había muerto tísica. Era una inglesita de porcelana, dulcísima y tranquila, que marchitó su vida junto a la aridez de Mr. Talbot, que era un viento seco de egoísmo y mercantilidad, un trovador de la Teneduria». Así comienza el primero de los cuentos y, desde este momento, sabemos que todo el relato va a consistir en ridiculizar la corrección y la frialdad britanas del personaje.

La silueta de Duncan, es sólo eso. La semblanza humorística de este inglés que, «llegó a la ciudad de incógnito, como el rey de un estado minúsculo» y que está permanentemente borracho, con «una borrachera crónica que ayuda a mantenerse en pie con tiesura urbana de policeman».

El último de los cuentos es quizá, el más poético. En él la caricatura de la figura central, Miss Bland, está teñida de ternura. En cambio, hay una pequeña galería de tipos secundarios, mordazmente observados. El padre de la inglesa, «un señor viudo, de bigotes largos sobre le boca, cubriéndosela como una glorieta», el cónsul acartonado y prestigioso» y la dueña del hotel que exclama absurdamente, ante la boda relámpago: «Conoció a un señor un lunes, se casó un martes, y hoy miércoles se marcha para Australia. Las costumbres españolas han echado a perder a esta muchacha». Ocurre que estos cuentos en que se critica a los ingleses están escritos en un tono que más parece británico que español. Quizás «Alonso Quesada» se dejó llevar por aquello mismo que censuraba.



El autor canario se sintió también atraído por el teatro. Pero sus obras dramáticas son mucho menos interesantes que sus poemas o que sus cuentos. «Alonso Quesada», al igual que los escritores peninsulares del 98, a los que tanto admiró, se sintió tentado por el teatro, y, como ellos, no llegó a alcanzar el éxito con su creación dramática.

En 1922 «Publicaciones Atenea», de Madrid, editó *La umbría*, de «Alonso Quesada», subtitulada «Poema dramático en tres jornadas». Es irrepresentable, por supuesto. Influencias modernistas y simbolismos mal digeridos, hacen de esta obra ambiciosa, sin verdaderas situaciones dramáticas, llena de presagios, fantasmas, ojos fulgurantes, resplandores vesperales, etc., lo menos conseguido del autor.

Algo mejor, más sobria al menos, es *Llanura*, escrita hacia 1919 y publicada tardíamente en 1950, bajo los auspicios de Agustín y José María Millares, y del pintor Manuel Millares. Es, sin duda, más teatral. Persisten sin embargo en esta obra —o se inician en ella, si es anterior a *La umbría*— los recursos simbolistas, aunque su utilización no llegue al desenfreno que observamos en el drama anteriormente citado. Encontramos en *Llanura* temas tan queridos del autor como el del mar o el del sueño, así como la temática enfermedad-contagio que parece obsesionarle. El problema del tiempo acerca tal vez esta obra en alguna manera, al teatro azorianiano. La protagonista dice en una ocasión: «¿No habéis ido un día por un lugar, la primera vez, y deteneros a impulsos del rumor de un recuerdo y decir: Dios mío, yo estuve aquí otra vez y hace tiempo?». (Episodio segundo, escena séptima). El lenguaje es bastante sobrio, eficaz en algunos momentos. Por todo ello, logra *Llanura* cierto interés a pesar de sus personajes desdibujados, verdaderos tópicos de cierto teatro pseudopoético del modernismo.

Y si hablamos de la preocupación dramática de «Alonso Quesada», no podemos dejar de mencionar la introducción dialogada y escenificable *Smoking room*, que, a pesar de sus cortas dimensiones, está concebida con una soltura que la hace bastante más interesante que los dos dramas largos del autor. Bien es verdad que no se trata de una obra teatral propiamente dicha. Apenas un esbozo de escena. Pero el diálogo irónico y al parecer intrascendente de esta pequeña obra, encierra más posibilidades tea-



trales y es, desde luego, mucho más actual que el hueco estilo de sus obras mayores.

«Alonso Quesada», que había nacido en 1866, murió a los cuarenta años escasos. Su obra, por lo tanto, no es ni muy abundante, ni por completo lograda. Pero así y todo, se trata de un escritor de acusada personalidad, inquieto e interesado —hasta donde podía estarlo desde el doble aislamiento de la geografía y de sus propias condiciones vitales— en los temas y problemas literarios de su tiempo.

